

EL ENFRENTAMIENTO ORIENTE-OCCIDENTE EN EL MEDITERRÁNEO EN EL SIGLO XVI

Alejandro KLECKER DE ELIZALDE



(Reservista voluntario
honorífico)



ARA entender el combate naval de Lepanto y las consecuencias posteriores que se produjeron, haremos una revisión de los dos bloques que lucharon en tan señalado y definitivo enfrentamiento en la mar (su desenlace tuvo importantes efectos en ambos mundos, pese a lo que diga alguna historiografía), cuyas fuerzas e impacto histórico tardarían casi cuatro siglos en volver a repetirse.

En el texto hablaremos indistintamente, por no ser reiterativos, de turcos y otomanos, que era como los conocíamos los europeos, los otomanos al principio solo eran uno más de los pequeños estados que surgieron en Asia Menor durante la decadencia del Imperio turco selyúcida desde el siglo XIV.

Lo que llamaremos Occidente —origen de la Liga Santa contra el Imperio otomano, impulsada por el gran papa visionario Pío V y la decisión clave de Felipe II de no posponer más el combate decisivo— era una compleja amalgama de grandes Estados (Monarquía Hispánica, Sacro Imperio Romano Germánico, Francia, Inglaterra, Polonia y Rusia, entre otros). Por su parte, la península italiana estaba dividida en numerosos territorios y ciudades-estado en conflicto: Génova sería secular aliada de España; Venecia, nuestra enemiga; los territorios pontificios, muy extensos (el Vaticano aparecería mucho después como Estado), eran moneda de intercambio entre Francia, España, Florencia... fluctuando el papado entre su favoritismo francés o su adscripción a la Monarquía Hispánica; Sicilia,



Retrato de Pío V, pintado por El Greco

Cerdeña, Nápoles, Milán y los presidios de la Toscana y el Milanésado eran españoles.

En el norte de Europa, destacan Inglaterra, los Países Bajos españoles —divididos entre católicos y protestantes—, Polonia —cuya extensión llegaría hasta el mar Negro—, Suecia y Rusia. Al este, los territorios de los Habsburgo, donde Hungría y Viena eran la frontera con los turcos y, por tanto, del islam, que estaba muy fraccionado y prevalecía en sus dominios mediante el vasallaje, la imposición militar y la fuerza, la ocupación de muchos de sus territorios y con poblaciones muy heterogéneas étnica y religiosamente.

Todas estas *naciones* (los habitantes de cada una se consideraban *nación*, aunque no en el concepto que aparecería después de la Paz de West-

falia en 1648) se encontraban inmersas en un profundo cambio. Así, Francia, España o Inglaterra iniciaban un proceso de unificación de territorios con una religión dominante, bien fuera católica o protestante, que luchaban por la abolición de los feudos y de la influencia de los grandes nobles. Los ejércitos dejaban de ser grupos de civiles armados circunstancialmente para convertirse en fuerzas casi permanentes, pagados por los monarcas; es el caso de los otomanos que, con caballería fija y los jenízaros como tropas de élite, constituían el núcleo de un imperio que —como más adelante señalaremos— tenía notables diferencias con el que formó la Monarquía Hispánica. En Occidente, el Renacimiento, la Reforma protestante y la Contrarreforma católica —con el enfrentamiento contra luteranos, calvinistas y hugonotes— marcarían el devenir casi durante dos centurias de la historia europea.

La Monarquía Hispánica se enfrentaba a la amenaza francesa, a los protestantes de los Países Bajos españoles, a la piratería argelina y tunecina, así como a la turca en Sicilia. Inglaterra, con una monarquía aliada o enemiga según las dinastías en el trono, se posicionaría finalmente como un oponente.

Adicionalmente al esfuerzo militar hispano (ibérico tras la integración portuguesa) frente a estos varios reinos amenazantes, destaca el esfuerzo de la expansión en ultramar. En definitiva, una agotadora situación que recayó básicamente sobre las arcas castellanas, que pagaban los gastos de tanto despliegue y campañas.

El mundo otomano se encontraba en su apogeo, tanto cultural como religioso y comercial, que alcanzó su cénit antes de Lepanto y que contrastaba con la situación que vivía Europa, inmersa en guerras por doquier. Así, se llegaría al célebre combate naval con dos bandos enfrentados, dos mundos en los que la supremacía de uno pasaba por la derrota del otro.

En el territorio europeo cristiano, la situación política y militar estaba en permanente cambio, con unas luchas intestinas de primer orden, en la búsqueda de un mayor peso mediante la incorporación de territorios, donde la religión era el motivo fundamental de afinidad u odio visceral. Por otra parte, el fin del feudalismo y del poder de la nobleza vio aparecer una burguesía fuerte, que fue clave en la gobernanza de los Estados. Las expediciones portuguesas por el Índico y las españolas en América ejercieron una influencia radical en la forma de ver la vida, ahora mucho más abierta respecto a las ciencias, las artes, etc., alimentando las ambiciones francesas, inglesas y holandesas de expansión a ese Nuevo Mundo y colisionando unas contra otras y a menudo unidas en causa común contra los territorios hispánicos y su monarquía.

La Liga Santa es casi un milagro revisando lo que acontecía en Europa. La caída de Chipre y el temor reverencial a la flota otomana y su expansión frente a las fronteras de los Habsburgo llevaron a esta alianza tras tantas traiciones y luchas. Pero fue algo circunstancial; la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) sería la consecuencia de tantos intereses contrapuestos.



Morrión italiano, siglo XVI. (Museo Naval de Madrid)

La poderosa ciudad de Venecia comerciaba con Oriente en alianza con los otomanos y enfrentada a los intereses genoveses, hispánicos y del papado. Francia, sometida por un «emparedado» territorial, con España al sur, al norte sus territorios de Flandes y los Habsburgo en el resto de sus fronteras, se aliaba con los turcos, facilitándoles refugio en sus bases de Tolón y Marsella, ocasionando la indignación hispánica y papal, sobre todo de los españoles por la cercanía de esos puertos con las Baleares. Los Países Bajos protestantes recibían, por su parte, ayuda económica turca. Polonia ejercía una gran influencia en los territorios fronterizos con los turcos, constituyendo para estos, junto con Rusia, que había conseguido cierto grado de unificación, otra amenaza importante.

En el Mediterráneo católico, Malta y Rodas eran las dos espinas que los otomanos intentaban tomar y someter desde principios del siglo XVI, junto a Chipre, bajo influencia veneciana. Esta isla era, como ellos la definían, el puñal en el estómago de su costa, y su caída precipitó la alianza católica.

El Imperio otomano comprendía un complejísimo y extenso territorio, que ejercía su manto de poder por todo el Mediterráneo, donde era la potencia naval hegemónica. Complejo dominio porque el islam, lejos de ser el elemento aglutinador de los diferentes pueblos y territorios, era un factor de enfrentamiento y continuas luchas. Suníes y chiíes eran los principales, pero coexistían griegos cristianos, judíos... y el caótico mundo caucásico; eran realidades sobre las que el sultán ejercía el control mediante el sometimiento por la fuerza con violencia inusitada.

En el Mediterráneo, Argelia y Marruecos gozaban de una gran autonomía que desembocaría tras el combate naval de Lepanto en la absoluta independencia, en el caso de Marruecos con el islam como religión de hecho, pero no absoluto y con una visión atlántica, alejada de los intereses de Estambul. Túnez contaba con la amenaza constante hispánica tomando y perdiendo La Goleta en varias ocasiones. Orán, en Argelia, era y sería durante doscientos años plaza española.

Cuando hablamos de estos territorios en el norte de África, hemos de entenderlos como dominio circunstancial hispano u otomano de sus costas, no más allá de unos kilómetros hacia el interior, donde tribus y cabilas independientes eran la tónica general. De hecho, cambiaban sus alianzas con cristianos y otomanos según las circunstancias.

Egipto era el granero imperial turco y suponía las dos terceras partes de su financiación, además del puente entre el Índico y Europa. Los portugueses (en el año de Lepanto, parte integrante del imperio español) comerciaban con ellos en paz, pero los cristianos eran otra amenaza en India, Omán, Yemen, Somalia y, como se produjo finalmente tras Lepanto, los turcos perderían toda influencia sobre ese lucrativo comercio.

Los Balcanes y Grecia eran otro profundo dolor de cabeza turco. Atrincherados a las puertas de Viena, muchos de los dominios eran meramente vasa-

llos o estaban sometidos a la fuerza por los otomanos. La gran población judía y cristiana ortodoxa en Estambul y en Grecia ocasionaría numerosos problemas de convivencia, siendo aliados peligrosos en caso de un acercamiento de la flota cristiana, pues podían cambiar de bando. La mayor queja de sus habitantes eran los impuestos otomanos, siempre cuestionados, y la recluta de los ejércitos. Venecia, aliado comercial turco (no naval o militar), era un problemático socio comercial, al tener intereses en la costa del Adriático, mar Jónico y Chipre, como hemos señalado. Croacia (Dubrovnik) sería en algunos momentos socio hispánico, proporcionando galeras a Felipe II. Tema por cierto no estudiado por los historiadores españoles y sí por los croatas.



Felipe II retratado por Sofonisba Anguissola, 1565.
(Museo Nacional del Prado)

En el Cáucaso, el puzle era aterrador: si España se sentía amenazada por los numerosos conflictos religiosos en Europa, existía al fin y al cabo una religión común en muchos territorios, el papado, Felipe II y su familia Habsburgo en Centroeuropa. Los turcos sufrían otros tantos peligros y su organización difería mucho de la europea. Allí los territorios, en manos de un visir, se dividían en *timares* al mando de un jefe militar. Valaquia, Moldavia, Jedisán (sur de Ucrania), Bosnia, Serbia, Montenegro, Morea y casi toda Hungría eran sus posesiones en el continente europeo. También disponían de Crimea, Georgia, Trebisonda, la costa sur del mar Caspio, la parte oeste de Mesopotamia (actual Irak) hasta Baréin en el golfo Pérsico en Asia, limitando con el mayor enemigo, el Imperio safávida. Además contaban con Palestina, Egipto, Libia, Túnez, Argelia y la parte costera de la península arábiga. Anatolia era un problemático territorio de Turquía.

El momento de máximo esplendor otomano coincidirá con la muerte de Solimán II el Magnífico en 1566, y a partir de ahí irá cuestionándose el sultanato por el poder de los jefes militares y sus continuas revueltas, abortadas

con dinero. Para muchos historiadores se inicia la decadencia del Imperio otomano, aunque habrá que esperar para otros a 1648 con la llegada de la dinastía de los albaneses Krupulu para hablar de su declive.

En el aspecto militar, el Imperio otomano disponía de sus temibles jenízaros (hijos de familias cristianas, que «aportaban» uno de cada cinco varones al sultán), una magnífica caballería y una flota invencible en el Mediterráneo... hasta Lepanto. La artillería era de primer orden, aunque adiestrada y con doctrina de mercenarios europeos. El empleo de las galeazas de la Liga Santa, verdaderas baterías flotantes, superaría en Lepanto a los turcos.

La sociedad otomana era esencialmente militar y territorial, en menor medida religiosa (las bebidas alcohólicas eran permitidas en gran parte del imperio, por ejemplo), y cometía atrocidades que eran el terror de los cristianos, esencialmente en los ámbitos civil y religioso, pero dependiente de la voluntad de cada aliado de proporcionar galeras y hombres para ocasiones como la de Lepanto. Cristianos y otomanos compartían una amplia burguesía y grandes comerciantes, principalmente egipcios y griegos en el lado turco.

La historiografía anglosajona y europea, en su afán de denostar y menospreciar todo lo que fue el dominio español de los mares durante casi trescientos años, ha dedicado al combate naval de Lepanto obras y enseñanzas bajo una mirada en muchos casos anticatólica, en otros de odio e incomprensión hacia la figura de Felipe II, a lo que se suma la trágica operación de la Gran Armada, olvidando otras decenas de hechos victoriosos de las armadas del rey. Como colofón de una historia poco agraciada, el apresamiento posterior del infante de Marina herido en Lepanto Miguel de Cervantes Saavedra y su

cautiverio han dejado la sensación de una batalla que no sirvió para nada, algo así como ocurrió en Jutlandia, y que seguramente, ya inmersos en el 450 aniversario, vuelva a desbordar ríos de tinta. Desde luego mi postura será la opuesta, Lepanto cambió —y ¡vaya que si cambió!— la trayectoria de la lucha contra la Media Luna en el Mediterráneo. Nada volverá a ser igual para los turcos desde entonces.

Una vieja dicotomía pervive durante 500 años: cómo decidir si es mejor disponer de plazas con puerto e islas en



Medalla dedicada al emperador Carlos V por la ciudad de Nuremberg, 1521. (Museo Naval de Madrid)

continua amenaza de sus fronteras o de poderosas flotas que puedan dar en un momento decisivo un golpe fatal y final contra el enemigo. La logística, entonces y hoy, es un factor decisivo. Las efímeras alianzas cambiantes parece que al final —ayer y hoy— disponen que la mejor opción sea una combinación de ambas —plazas y flotas—, aunque hoy olvidado el colonialismo con el altísimo coste de sufragar esas posesiones, como les ocurrió a Francia y Reino Unido, se basa en contar con puertos de naciones aliadas y, en el caso estadounidense y chino, con poderosas flotas expedicionarias.

Estudiar la génesis y el desenlace de la batalla nos ilumina cuando vemos la complejidad de las operaciones internacionales contra estados fallidos, piratería o guerras como la de Irak. Uno piensa entonces que no hay nada nuevo bajo el sol. Los Estados Unidos, si se quiere hacer un ejercicio comparativo con la España de Felipe II, empeñados ambos en tareas titánicas, no de intento de hegemonía imperialista sino con profundo convencimiento en un caso religioso, la Monarquía Hispánica, y por el lado estadounidense otro ideológico de imposición de un sistema democrático, vemos que una terminó agotada en el intento, mientras que el otro apenas puede mantener dos frentes abiertos en el planeta. Quedan para cada lector sus reflexiones e interpretaciones.

Veamos entonces Lepanto con una lectura española de la época, no por ejemplo con la holandesa, ya que durante los meses de la campaña paseaban en sus ropas una media luna, mientras que los protestantes y antifelipistas ingleses celebraron la victoria como si en ella les hubiera ido también su futuro. Los alemanes no pudieron sentir más la victoria. También conviene destacar que Lepanto es hoy en día territorio griego y se denomina Naupacto; cerrado prácticamente por islas, es un fondeadero complicado de entrada y salida y donde en el siglo XVI había que hacer cualesquiera de las maniobras bogando y con dificultad a vela.

Los antecedentes de Lepanto

En 1555, Felipe II hereda por abdicación Flandes, pesadilla de la historia de España a lo largo de 150 años. Un año después recibe el resto de los reinos y territorios que conformaban la Monarquía Hispánica.

En el ámbito militar, las victorias españolas de San Quintín y las Gravelinas situaron al monarca en una posición de dominio incuestionable en el mundo cristiano. En Inglaterra, entre 1553 y 1558, impera el reinado católico de María Tudor. Sin embargo, esto ocasiona en Francia un estado de paranoia. Rodeada por España al sur, por los territorios de los Habsburgo en el norte y una empatía entre Inglaterra y España, acude a una fórmula que tantas veces hemos visto a lo largo de la historia, la alianza con los turcos para aliviar esta presión.

Las bases de Tolón y Marsella utilizadas por los musulmanes serán dos espadas clavadas en el Mediterráneo, entre los territorios españoles de Italia y

la propia Península, contando además con la población morisca de la provincia de Granada que, con acceso a la costa, se convertía en aliado *in pectore* del Imperio turco.

Por su parte, en el Adriático los venecianos controlaban el comercio con los turcos en una armoniosa relación. De tal suerte que el Mediterráneo queda dividido en el lado cristiano entre españoles y venecianos. La alianza hispana con Génova se produce para contrarrestar en la península italiana el poder veneciano, el papel de los Estados Pontificios y la presión francesa sobre el Milanesado.

En el campo de los musulmanes las correrías y ataques navales se sucedían en cualquier lugar y momento, generando un complejo de inferioridad cristiano. Durante el período de 1520 a 1566, en el imperio otomano brillaba Solimán el Magnífico, sucediéndole, y sobran los comentarios, Selim II, despectivamente conocido como «el borracho».

Rusia, por su parte, con los reinados de Iván I y de Iván el Terrible verá una unificación territorial, aunque Moscú cayó a manos de los tártaros de Crimea en 1571, el mismo año de Lepanto.

En 1560 se produce, a causa de un temporal fortísimo, la pérdida de 25 galeras de la escuadra de Juan de Mendoza en Los Gelves. Cuatro años después, en una audaz estrategia española de ir tomando enclaves en el norte de África (Túnez, Orán, Melilla...), se produce la victoria española del peñón de Vélez de la Gomera. Esta toma de plazas es casi siempre sucedida por la pérdida y la nueva toma de las mismas en lo que constituirá a lo largo del siglo XVI una especie de tejido de Penélope, hilando y deshilando agotadoramente. Las tropas y dotaciones españolas están por lo tanto curtidas y son de una veteranía envidiable. Los temidos tercios desharán brillantemente a las tropas de élite, los jenízaros, en diversas ocasiones.

Malta, enclave dominado por la Orden del mismo nombre, será un objetivo de los turcos por ser una de las llaves de acceso al *Mare Nostrum*. En 1565 los Caballeros de Malta resistieron heroicamente un prolongado asedio que deja a la Orden al borde de su desaparición al morir en combate la casi totalidad de los caballeros y quedar sin pertrechos y naves.

A la muerte de Solimán en el asedio a una plaza húngara, su heredero Selim II, pese a la mala noticia, consigue sembrar el pánico en Venecia, pero cometió una serie de errores, inclinándose la República decididamente contra ellos.

El 17 de febrero de 1568, Selim II firma la paz con el Imperio germánico, que paga una cuantiosa fortuna para no verse asaltada, para enfado de la Monarquía Hispánica. En 1569 se produjo un pavoroso incendio en el Arsenal de Venecia, que envalentonó aún más a Selim II pero que, pese a lo aparatoso del incendio, no tuvo trascendencia en el ámbito naval.

Por su parte, Selim II, sultán del Imperio otomano desde 1566, culmina uno de sus principales sueños estratégicos desembarcando en 1570 en Chipre, verdadero cuchillo veneciano en la garganta turca. Esta idea concebida en



Medalla conmemorativa de la concordia religiosa en el Imperio (c. 1548).
(Museo Naval de Madrid)

1561, conllevará la ocupación parcial de Chipre en 1570, acudiendo una flota cristiana para socorrer a la isla. La escuadra estaba integrada por parte de la Santa Sede por 12 galeras al mando de Colonna. Los venecianos aportan el grueso con 136 galeras, 11 galeazas y otras 14 naves, al mando de Zante. Del lado español, la contribución fue, bajo el mando de Andrea Doria, de 50 galeras. Hay que destacar que la diplomacia veneciana juega en aquel momento todas las cartas y, mientras negocia con Selim II, apoya la creación de la Liga Santa.

El almirante Piali, con 150 galeras, deja al general Mustafá con un importante ejército el día 1 de julio de 1570, para iniciar el asedio formal de Nicosia el día 22. El 14 de agosto se produce la derrota de las galeras de la Orden de Malta, a las órdenes de San Clemente, al que por cierto alguna mano negra le pasó factura, pues murió estrangulado y arrojado al Tíber en el propio Vaticano.

Unos días después, el 20, se reúnen en Otranto Colonna y Doria para acudir a Suda, en Creta, ante la reclamación urgente del almirante veneciano Zante, pues ya se aproxima el otoño que hará inviable el manejo de una escuadra de galeras a golpe de remo. Finalmente, llegan el 31. El 3 de septiembre se produce una reunión de los mandos cristianos que, pese a disponer de una importante flota, están muy temerosos de los turcos. Juan Andrea Doria al ver que no es posible el acuerdo entre las fuerzas navales cristianas decide regresar a Sicilia. En el regreso a sus bases, los venecianos pierden 14 galeras en un temporal. La controvertida decisión de Andrea Doria se basó en la estima-

ción de que las fuerzas turcas eran superiores y en el hecho de que las galeras venecianas presentaban una limitada potencia de combate, mal mantenidas, mal armadas y con dotaciones poco preparadas. Para hacernos una idea del volumen de la flota cristiana de socorro, su capacidad artillera era de 1.300 cañones, los soldados llegaban a 16.000 y a 30.000 los marineros. El 9 de septiembre de 1570, tras heroica resistencia, cae Nicosia.

En octubre ambas flotas regresan a sus bases; recordemos que habitualmente de octubre a mayo ambas flotas invernan por la climatología adversa en espera de la siguiente campaña. Por ello es destacable la audacia de planear el combate naval de Lepanto un 7 de octubre, fecha que estaba al límite del período de empleo de las galeras.

Finalmente, en agosto de 1571 cae Famagusta en Chipre, tras el largo asedio que venía sufriendo desde septiembre de 1570. El 25 de mayo de 1571 se habían firmado las Capitulaciones para formar la Liga Santa. La flota cristiana que pretendía ayudar a los heroicos defensores de Famagusta conoce la caída de la ciudad el 4 de octubre de 1571.

En el extremo occidental, en España en 1568, en el afán de la Monarquía de quitarse de encima los peligros internos, la población musulmana emprendió una guerra en las Alpujarras, en Granada, enclave musulmán dentro de la Península. La lucha durísima, con apoyo corsario por mar de los berberiscos, tendrá un joven líder que será posteriormente nombrado para capitanear la armada cristiana en Lepanto: Juan de Austria, hermanastro del rey.

En términos generales, al aproximarse el momento histórico que desembocó en la batalla naval de Lepanto, las naciones europeas se posicionaron, mediante un calculado análisis político y estratégico de sus opciones. En la época, cada nación (término distinto al Estado-nación posterior) mantenía sus propios intereses, independientemente del lado religioso en que estuvieran. Catalina de Médicis, en Francia, reanuda la alianza con los turcos. Maximiliano, pese a ser Habsburgo y ante el peligro que supone tener en la frontera de sus dominios al enemigo, prefiere no cargar con más obligaciones. Recordemos que Albania, Grecia, Croacia, Hungría... ya están bajo el Imperio turco. Isabel Tudor se mostrará en contra de la Liga por temor a que España saliese aún más reforzada, y por no tener el más mínimo ánimo de apoyar al papa.

En Italia la situación era muy compleja. Por ejemplo, los ducados de la Toscana y Ferrara se muestran partidarios de España, pero más por miedo que por convencimiento. Además de estos, España tiene como parte de sus reinos Sicilia, Nápoles, Milán y Cerdeña. Como aliados: Florencia de los Médicis, Mantua de los Gonzaga, Módena —que al igual que Ferrara es gobernada por los d'Este—, Parma de los Farnesio, Saboya y Génova. Asimismo, España controlaba y mantenía las bases navales de Orbitello, Porto Ércole, Santo Stefano, Talamone, Porto Longone, L'Ausedonia y Toscana, además de la plaza de Melilla, pues entonces Ceuta era todavía portuguesa.

Consecuencias de Lepanto

El resultado, pese a la negatividad imperante en la bibliografía tanto hispana como italiana cambió y mucho el devenir de ambos bandos, aunque hubo un período inicial posterior a la batalla de esfuerzo turco por recuperarse y expandirse.

Hay que señalar que si se habla de un Imperio de la Monarquía Hispánica, el otomano no se parecía ni de lejos a este. Los otomanos tenían una serie de diferencias notables para hablar propiamente de imperio. En primer lugar, no había un idioma común, como ocurría en España. Por otra parte, nosotros teníamos una sola religión, y los turcos y sus territorios al menos cuatro escuelas, enfrentadas a muerte, de las cuales suníes y chiíes son las más conocidas, pero había además cristianos ortodoxos en Grecia y maronitas en Líbano, judíos repartidos especialmente en Grecia, y casi todos los territorios —griegos, kurdos, egipcios, marroquíes— tenían sus propias formas de tolerancia religiosa, conviviendo todas ellas con mayor o menor fortuna.

Por otra parte, extenderse hacia Asia, por parte otomana, tenía el obstáculo del Imperio safávida, profundamente antiotomano. Los safavíes eran musulmanes chiíes frente a la mayoría suní otomana, de lengua persa, originarios de Azerbaiyán, y sus enemigos principales eran los uzbekos. En paz con los otomanos durante Lepanto, fueron decayendo por luchas intestinas.

El Imperio de la Monarquía Hispánica tenía un único mando en Felipe II; los turcos, una larga serie de cabecillas locales (beys, califas, sultanes, pachás, muftíes...), muchos de ellos con plena autonomía del Imperio otomano, lo que ocasionaba no solo enfrentamientos, sino desafecciones graves. La Monarquía Católica por su parte contaba con una sola moneda; los turcos con varias y muy diferentes. El sistema de mando turco era de vasallaje, alianza o dominio, con las dificultades de ejercicio de un mando único efectivo.

La misión y los objetivos hispanos eran claros: un ejército profesional, la lucha contra la piratería con base en las costas de Argelia, aseguramiento de las líneas de la península ibérica con Italia y control del norte de África. Los enemigos: europeos y turcos. Los turcos tenían enfrente a rusos, polacos, húngaros, griegos, kurdos, pueblos de origen mongol, que dificultaban enormemente, al igual que a los españoles el establecimiento de alianzas duraderas.

Finalizado el combate, Sokolli, aparentemente, reorganizó la flota turca de forma rápida y tomó territorios en los Balcanes, pero el triunfo de la Liga Santa en Lepanto había terminado con la invencibilidad turca y el complejo de inferioridad cristiano. Los turcos habían perdido la superioridad y la moral de victoria.

El embajador de Francia observó en 1572 que esa flota otomana, aparentemente poderosa y renacida, adolecía de escasez de tripulaciones, presentaba bisoñez en las mismas, sobre todo por la desaparición de sus tropas de élite (los jenízaros), y tenía maderas de muy mala calidad, artillería de dudosa eficacia y problemas de suministros de todo tipo. Aunque se produjeron victorias musulmanas locales, nunca hasta siglos después volvería a darse un combate de las proporciones de Lepanto.

Los españoles podían centrarse, por fin, en Flandes y ultramar; los turcos veían amenazas por todas partes, empleándose en el mar Negro contra los polacos, defendiendo las fronteras contra los rusos, teniendo que someter la amenaza persa, tomando Bagdad, luchando frente a las rebeliones de jefes militares territoriales y de los comerciantes.

La inflación en el campo otomano se desató, la paridad con la moneda veneciana cayó al 50 por 100 de su valor, se sustituyó la plata por el cobre, ocasionando rebeliones en Grecia y entre varios de sus aliados.

Dejaron los turcos de controlar el Mediterráneo, que además vio aparecer dos territorios ajenos al mando otomano, Argelia y Marruecos, quedando Egipto en su órbita con muchas dificultades. El Índico en manos portuguesas fue una pérdida importante, impactando en el comercio con India, Omán, Yemen...

Se estancaron igualmente en la frontera con Hungría, haciendo una paz duradera, apenas consiguiendo mantener a Grecia bajo su mando.

Podemos afirmar que Lepanto cambió todo; de entrada, trajo una paz en el Mediterráneo que duraría hasta el siglo XIX. Los turcos continuaron en parte del Adriático e islas jónicas y no pudieron controlar el Mediterráneo Occidental. Venecianos, holandeses y franceses volvieron a las andadas y pactaron con la Sublime Puerta acuerdos comerciales, pero los venecianos se apoderaron de muchos territorios anulando el poder turco. A finales del siglo XVII la amenaza turca para Europa pasaba a segundo plano.

La alianza cristiana naufragó, pero el Imperio español hasta la Paz de Westfalia en 1648 se acrecentó y consolidó, pese a bancarrotas, la situación de Flandes y la piratería berberisca.

En el resto de colaboraciones de este número monográfico dedicado a los 450 años de la incuestionable victoria de la Liga Santa, veremos todos los pormenores que aquí, como capítulo inicial, hemos resumido sucintamente.